

PRESENTACIÓN DE *EL EVANGELIO Y LA TIERRA*, DE LA CONGRESISTA LOURDES FLORES NANO

En los últimos meses el país ha vivido sumergido en un clima de tensiones y preocupación por el futuro de nuestra vida institucional. Es una atmósfera densa que no logramos disipar todavía, en la que el tema no es otro que el de la entereza institucional del país y, a través de ella, la realización de la promesa republicana.

En épocas como ésta es necesario tener la mente clara respecto a lo que realmente está en juego. Y lo que se halla en cuestión, hay que decirlo, no son los intereses menudos y transitorios de ésta o aquella agrupación, sino los cimientos mismos de nuestra vida como comunidad nacional, las reglas esenciales de la convivencia civilizada, y también la validez de la imagen que queremos hacernos de nosotros mismos como pueblo con vocación democrática.

El ámbito natural en que se afincan tales cimientos, en que se consolidan tales reglas y en que se valida tal imagen es la actividad política abierta y plural,

entendida como la oportunidad y el derecho que asiste a todos los ciudadanos de hacer oír de buena fe su palabra sobre la conducción de los asuntos públicos. Y es precisamente en este campo donde nuestro país sufre hoy una de sus mayores pérdidas.

La experiencia de estos años va dejando, en efecto, una idea reducida y, peor aún, tergiversada de la política. Y esto se debe, en enorme proporción, a la manera como se viene ejerciendo el poder entre nosotros. Pocas cosas son más perniciosas para la textura moral de una sociedad que el espectáculo del poder al servicio de sí mismo. Cuando esto ocurre, una de las actividades más nobles del ser humano en sociedad cobra la apariencia de simple aprovechamiento oportunista y debilita así todo interés genuino y maduro de los ciudadanos respecto de la administración de la cosa pública.

Y, sin embargo, la política no es, no tiene que ser, ese reino de la doble moral y la corrupción, de la astucia empleada no para resolver los problemas de la gente sino para abusar de su confianza, de la incompetencia y del desconocimiento de aquellos a quienes se dice servir. La improvisación; la incoherencia práctica, doctrinaria e inclusive moral; el alejamiento de las

viejas y nobles reglas de la lealtad cívica, no son la sustancia de la política, sino su expresión degradada; más aún, constituyen su negación.

Y precisamente porque ella encarna una impugnación a todas esas deformaciones de la vida cívica, y porque es una viva demostración de que contamos con las reservas humanas para marchar en el rumbo debido, resulta especialmente significativo acompañar a Lourdes Flores –mujer de derecho, maestra, congresista e infatigable luchadora por sus ideales- en esta presentación de *El Evangelio y la tierra*, libro suyo que refleja certeramente las dos vertientes de su actividad política: la fidelidad a la doctrina del humanismo cristiano y el amor al Perú que nace de la emoción y del conocimiento.

Hablar de Lourdes Flores es, para mí, particularmente grato. Quiero compartir con ustedes el recuerdo que tengo de una joven alumna en los comienzos de mi actividad como profesor. Como estudiante del curso de filosofía, Lourdes demostró no sólo responsable dedicación, sino también una aptitud sobresaliente para internarse con buen discernimiento en el mundo de los conceptos y las categorías; tanto, que durante un tiempo pensé convencerla de seguir estudios filosóficos. Habría sido un intento vano, como vemos, pues

ella había escogido ya el camino de las leyes y, más adelante, el de la pasión política y el trabajo abnegado por el mejoramiento de nuestro país. Hoy veo con satisfacción cómo aquella alumna que tantas promesas albergaba en su persona supo multiplicar los talentos recibidos para convertirse en una de las lideresas más características de este Perú que todavía pugna por afianzar su democracia.

“Carácter es destino”, decían los griegos en la antigüedad. Por ello, cuando vemos que el arraigo de la democracia en nuestro país demanda una pugna constante, no podemos dejar de pensar que esa es una tarea para la que Lourdes parece haber nacido. La suya es una lucha apasionada, lucha propia de una “gladiadora”, término con el que ella misma se ha definido alguna vez. Pero esa brega no es un despliegue ciego de energías, sino la búsqueda coherente de un ideal por los caminos de la razón y de la acción. Como política, como profesional, como mujer, Lourdes ha sabido hacer de su existencia una reivindicación cotidiana de la inteligencia, de la comprensión profunda de aquello que está en juego, del enfrentamiento de la informe realidad con los valores que la precisan para hacerla humana y deseable.

Recapitular la trayectoria de esta mujer ya curtida, a pesar de su juventud, en las difíciles pruebas de la edificación democrática en el Perú, equivale a

mostrar el anverso positivo de aquella versión adulterada de la política que hoy campea en el país. Y entre los desmentidos más rotundos que la figura de Lourdes infiere a aquella negativa imagen, hay que relieves su lealtad sin fisuras a los principios que la formaron política y humanamente, esos principios políticos y éticos que conforman el humanismo cristiano. Siendo fiel a ellos, Lourdes nos muestra tácitamente que la política no tiene por qué ser el reino del oportunismo y de la traición a ideas, aliados y electores en nombre del provecho propio, y nos permite ver también que el político íntegro es aquel que sabe mantenerse fiel por igual a las ideas y a la realidad.

Mujer de ideas y de acción, Lourdes ha sabido explorar en su quehacer cotidiano las múltiples dimensiones de la Doctrina Social de la Iglesia, ese cuerpo de principios por los cuales el mensaje evangélico se concreta en nuestra existencia en comunidad y la hace, así, escenario de la realización humana como creatura de Dios. La búsqueda del bien común como norte de nuestras acciones es una de las enseñanzas cardinales de tal doctrina, como lo son también la noción de la dignidad inalienable del ser humano, horizonte último de validez de todo acto público, y el principio de subsidiariedad, que nos previene contra la edificación de sociedades dominadas por el egoísmo y regidas por la cruel regla de la supervivencia del más apto. En un mundo de

simplificaciones, en el que se quiere hacer prevalecer el frío pragmatismo sobre las consideraciones morales, la Doctrina Social de la Iglesia nos enseña que la solidaridad y la caridad cristianas, siendo imperativos éticos, constituyen una luz insuperable para guiar nuestra existencia social, nuestros quehaceres y nuestra vida política, aquí y ahora.

Esas son, pues, las fuentes espirituales que enriquecen la vocación política de Lourdes. Y así, si decimos que la suya es una trayectoria ejemplar, no incurrimos en un elogio tópico, sino que enunciamos una verdad exacta, pues el suyo es un itinerario que refuta la concepción de la política como simple técnica para llegar al poder, que corrige la noción de la mujer como objeto pasivo de un destino decidido por otros, que encarna un desmentido a la figura del político venal y desaprensivo, que se erige en contradicción con el hombre de Estado satisfecho con su propio poder, olvidadizo de la fuente del mismo.

Si su manera de ser mujer política es, en sí misma, un acto de oposición, hay que decir, por otra parte, que su ejecutoria en el foro público, sus intervenciones en el Congreso, nos muestran también lo que significa actuar por el país desde la minoría. Contra la caricatura oficial de la oposición como fuerza puramente disolvente, Lourdes nos muestra que ser de oposición es una

manera de construir y defender la democracia por medio de la crítica razonada y de la propuesta oportuna y bien fundamentada, pero del mismo modo nos permite ver que estar por el "no" cuando así lo mandan la conciencia y la razón es un imperativo moral cuyo acatamiento enaltece al político como ser honesto y apegado a principios trascendentes.

Tal compromiso con principios e ideas fluye con naturalidad de la organización misma de este libro, tal como yo la percibo. Pues si encontramos aquí interpretaciones y propuestas concretas, éstas no surgen del vacío, sino de toda una tradición de pensamiento en la que Lourdes se inserta.

El Evangelio y la tierra nos muestra inductivamente el nacimiento de una mujer de nuestros días a la política nacional. Así, en concisas líneas, encontramos aquí una verdadera genealogía del humanismo cristiano en la que la autora afirma su identidad. Esa historia parte desde los hombres del Novecientos, aquella generación de pensadores entre los que destacaron por la intensidad de sus reflexiones sobre el país José de la Riva-Agüero, Francisco García Calderón y Víctor Andrés Belaunde.

Más adelante, en síntesis muy justa y equilibrada, Lourdes recupera otros hitos de esa tradición. José Luis Bustamante y Rivero, a quien podríamos considerar

antecedente directo de la democracia cristiana en el Perú, aparece como maestro del pensamiento político hondo y generoso, y también como inspiración de la vida cívica. Más adelante, ya en los años cincuenta, se producirá el nacimiento del Partido Demócrata Cristiano, en el que confluyen el movimiento universitario católico de académicos y estudiantes limeños y los líderes arequipeños templados en la lucha contra la dictadura de Odría. Es imposible exagerar la importancia de esta agrupación -partido de ideas, principios y propuestas- en la política peruana de mitad de siglo; fue, en efecto, un elenco sobresaliente que tomó su lugar en la vida nacional precisamente cuando el Perú atravesaba grandes cambios económicos y sociales, y cuyos múltiples avatares, desde el gran entusiasmo original hasta la dramática ruptura, han dejado una huella profunda en la historia peruana contemporánea.

La crisis de la Democracia Cristiana nos conduce con toda naturalidad a la historia del Partido Popular Cristiano, el hogar político de Lourdes, creado en 1966 por fundadores de la Democracia Cristiana, entre ellos Luis Bedoya Reyes, Mario Polar Ugarteche y Ernesto Alayza Grundy. La trayectoria de este partido es reseñada aquí con la emoción que nace del compromiso, pero también con objetividad, y vemos desfilar retratos de algunas figuras que han

marcado la historia reciente del PPC, personas junto a las cuales la autora ha bregado en la última década.

Esta es, pues, la génesis de una "socialcristiana de formación y praxis", como se define Lourdes, quien haría su primera aparición en el foro público el 14 de agosto de 1987, en una multitudinaria manifestación contra la estatización de la banca que intentó forzar el gobierno de entonces. Entre esa ocasión y los tiempos que vivimos hoy muchas cosas han cambiado, pero en la práctica política de Lourdes hay algo que permanece igual: hoy como ayer el combate se libra contra un poder político que quiere desconocer sus límites.

Mencioné hace unos minutos la doble vertiente que alimenta esta rica actividad política, la lealtad a los principios y el conocimiento directo del país. Si necesitáramos mayores pruebas de esto segundo, aparte de las que nos ofrecen sus versadas intervenciones parlamentarias, nos bastaría con tomar entre las manos este libro cuyo título es, como nos lo hace saber la autora, un eco directo de Víctor Andrés Belaúnde, aquel maestro de humanismo y de conducta cívica tan ligado a la historia de la Universidad Católica.

Asistida por su doble vocación de conocimiento y acción, Lourdes escudriña los rincones del país, se involucra con su gente y con sus tradiciones y, finalmente, comparte con nosotros el fruto de su intenso periplo.

Tenemos aquí descripciones detalladas de las 194 provincias visitadas por Lourdes, presentaciones en las que se dan la mano los datos objetivos con el comentario personal. La información legal, económica y estadística, útil y actual, que ilustra o refresca nuestro conocimiento de los pueblos del Perú, se mezcla en estas páginas con breves pero jugosas observaciones puntuales sobre la historia, la economía o la conformación social de cada provincia. Este es un testimonio de primera mano sobre el Perú de nuestros días, hecho con inteligencia, rigor y pasión, y por supuesto con esos chispazos de humor amable que son también uno de los sellos personales que Lourdes ha sabido imprimir desde el principio a su actividad política, como diciéndonos que ésta, para ser una práctica sana, nunca debe estar reñida con la alegría de vivir.

Desfilan por este libro notas peculiares y simpáticas rescatadas por la autora; en algunas reverberan las tradiciones locales, como en el comentario sobre el origen del nombre Caravelí, que aquella provincia arequipeña heredó de una bella india llamada “ccara welli” que vivió en tiempos de la conquista

española. Otras anécdotas, en cambio, tienen como motivo las propias peripecias del viaje, como aquella en que Lourdes confiesa que viajó a Chachapoyas sin abrigo, pues, limeña al fin y al cabo, creía que era selva tórrida.

Pero incluso cuando no aparecen anécdotas, una vena afectiva, y aún diría emotiva, late en cada párrafo de este libro, en el que el dato objetivo aparece siempre aunado a la evocación de la experiencia vivida, esa dimensión personal que otorga al saber atesorado su sentido integral. Cada provincia aparece aquí vinculada con la vida de la autora o con algún episodio histórico que la toca de modo personal. Éste es, pues, un relato de su romance con el Perú, una muestra de ese viaje espiritual que se inicia en el amor a la patria aprendido inicialmente en las aulas universitarias y en los libros y que culmina en el amor que se enraíza en la vida misma, que se sustenta en la experiencia, los recuerdos, las alegrías y, por qué no, también en los pesares personales. Este libro nos muestra ese tránsito y también en ese sentido resulta instructivo.

Una tradición cívica y doctrinaria, sumada a un conocimiento directo del país, son dos de los pilares en que se debe asentar una trayectoria política honesta y, sobre todo, útil a la Nación. El tercer pilar es, por supuesto, el de las

propuestas para mejorar nuestra vida en común. Quiero resaltar, por ello, la singular importancia que posee la tercera parte de la obra, quizá la menos extensa en páginas, pero la más rica en ideas. Ellas son el fiel reflejo de un espíritu lúcido que ha asimilado los principios doctrinarios expuestos en la primera sección y que, después de haber recorrido el país en amoroso peregrinaje, sabe ya cómo aplicarlos. Se trata de la visión del Perú del futuro y al exponerla Lourdes nos revela su sueño a propósito del país que todos deseamos tener.

Ya en la primera página de esta última sección encontramos una síntesis de este sueño compartido: un país de ciudadanos libres; un país con familias sólidamente constituidas, en el que exista igualdad de oportunidades y en el que las responsabilidades se hallen repartidas equitativamente entre hombres y mujeres; una nación saludable, de hombres y mujeres instruidos y educados, autosuficiente en recursos de subsistencia y a la vez plenamente abierta al mundo a través de la exportación, el turismo y la información; un país, en suma, integrado plenamente dentro de sus fronteras y vinculado armoniosamente con el exterior.

Los sueños, aunque hermosos, son sólo eso, ilusiones, si no van acompañados de inteligencia y tesón que los conviertan en realidades. Lourdes lo sabe bien, y por ello no se limita a describir ese anhelo, sino que enuncia los principios que a su juicio harán posible la anhelada transformación.

Tras una clara caracterización del tiempo que nos ha tocado vivir —época en la que el sistema democrático liberal y la economía de mercado emergen dominadoras; época en que vivimos insertados en un mundo transformado por la información y el conocimiento— Lourdes Flores nos señala la necesidad de dar nueva vigencia al humanismo cristiano, horizonte de valores en el que se postula la dignidad inalienable de la persona concebida como ser libre y que es fin en ella misma y, por tanto, valor supremo que nos conduce a la superación de todo relativismo ético.

Ese ser humano entendido como persona libre y responsable se convierte en fundamento suficiente para el reclamo enérgico de un orden social justo y solidario, de un mundo transformado culturalmente, caracterizado por los valores de la lealtad, la transparencia, la justicia, la conciencia del valor de la ley, la educación espiritual. Sólo en un mundo así será posible imaginar un país en el que la familia, “sólida en valores, democrática en la convivencia y

abierta a la participación en deberes y derechos para varones y mujeres”, haya superado los problemas seculares del Perú: la ignorancia, la violencia, el atropello a los derechos y la dignidad de las mujeres, el incremento de hogares abandonados y de niños abandonados a su suerte. Sólo en un mundo así, hay que reiterarlo, se perfilará un país en el que, mediante una adecuada política de población, se respete el derecho de la pareja a decidir sobre la procreación en un clima de mutuo respeto, un país en el que existan por fin condiciones económicas que alienten la generación de empleo productivo y en el que los peruanos puedan elevar sus expectativas de desarrollo personal.

Es, pues, el sueño de un país que invierta en el ser humano, en el que la adecuada educación no sea un privilegio, en el que nuestras ventajas competitivas sean aprovechadas de manera tal que la minería, la riqueza de nuestro mar, el potencial agrario nos permitan acceder a ese puesto de preeminencia en el concierto de las naciones que nuestra rica cultura y nuestra historia nos autorizan a reclamar.

Ese Perú desarrollado y abierto al mundo no es una utopía, sino un ideal realizable. Para concretarlo, nos advierte Lourdes, es indispensable restaurar la salud de la política nacional, una política de líderes comprometidos y

ciudadanos que ejerzan plenamente sus derechos y deberes, una política que tenga como columna vertebral un sistema de partidos sólidos y responsables y que no se halle abandonada a la improvisación y a las ambiciones sectarias.

Esa es finalmente la ilusión de Lourdes Flores que nosotros, ¡cómo podría ser de otra manera!, compartimos; y lo hacemos con optimismo y esperanza porque ella misma, con su vida y su palabra, testimoniadas ahora en este libro, nos permite pensar que aquello que desde una mirada lejana aparece sólo como posibilidad, es, en el fondo, el comienzo de una hermosa realidad.

SALOMON LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 25 de Julio del 2000